

... y él se le caen en la boca y dice que no me crees; pero yo le digo que sí, y que se lo pido a por de un salto agarrado en brazos y apretándolo contra su pecho y que... una vez sentida en brazos, como cuando me miras, el comer y el hacer todo se empiezan... con los giles la educabilidad y una joven que, interrumpiendo bruscamente la conversación que entre nosotros mantenía con el joven que la acompañaba, se le paró de pie también. Ella de un salto desahogado iba queriendo el vaso de refresco que tenía delante.

— Ah — dice él, en tono burlón mirándose una excepción —, nuestra joven amiga ha desahogado un vaso de refresco.

— Sí — repuso —, sobre la mesa.

Y que sta atendida a los ruegos del examinado...

— El joven que la acompañaba está examinado?

— Pues claro!

— ¿De qué?

— ¿Y de qué, si no?

— Pues, no sé... ahora mi amigo parece inseguro... puede que le haya caído para decirle que se está seguro de sus respuestas y así se va a ir a casa con confianza.

— ¿Y por qué habías de querer siempre se compran? Además — después de un momento — es una chica sencilla ¿Quieres que te la describa?

— No. Puedo imaginármela yo sola — dice, en tono seco, luego enciende otro cigarrillo y continúa — ha

Versaciones de un chupaplumas

1
Continuara



1 Y como iba a continuar esperé. Mi amigo lo había escrito y ahí estaba, de su puño y letra, y yo lo conocía lo bastante bien para saber que iba a cumplir su palabra.

Esperé primero días y luego semanas y después meses. Y cuando los meses fueron más de doce entendí que llevaba esperando más de un año.

A veces nos veíamos y él preguntaba ¿qué tal va todo? y yo le contestaba siempre “bien” y que no hacía falta que me preguntase, que yo sé tener paciencia si las circunstancias lo exigen; él me respondía entonces que a lo mejor era un error, que las personas cambian y que lo que un día está pareciendo tan obvio se ve al cabo del tiempo que estaba siendo una ilusión, un espejismo estúpido sin ninguna base ni conexión alguna con el mundo real.

Yo trataba entonces de darle ánimos porque me daba la sensación de verlo abatido, desconcertado e inseguro; y él aceptaba mis palabras de aliento sin entusiasmo aparente pero esforzándose por devolverme una sonrisa amable que me hacía sentir algo muy parecido a lo que pueda ser estar siendo humillado, tratado como un pobre mequetrefe que se deja mangonear sin criterio ni dignidad ninguna.

Pero no me quejaba, no le comentaba nada al respecto y simulaba no darme por enterado y seguir tratando de compaginar lo que sólo estaba siendo un tropezón pasajero que no iba a dejar ninguna huella con mi propia vida, la cotidiana, la vida en la que iba y venía al y del ministerio cada mañana, y por la tarde a visitar a los Ramírez, y por la noche de regreso a casa y a

Continuara¹

Indalecio. Y todo siguió un curso más o menos normal hasta que el entorno apacible de ellos (los Ramírez) se desmoronó de la noche a la mañana¹ por culpa de la tozudez de un mocoso que se negó a hacer algo que le hubiera resultado tan sencillo como ponerse de pie, tranquilo y sin necesidad de derribar refresco ninguno, caminar hacia la puerta de la habitación sin preocuparse de que un tipo con gorra de visera se fuese a interponer en su camino, y, una vez cruzado felizmente el umbral, enfilarse el pasillo y dirigirse a su habitación para, del cajón de arriba de la mesilla de noche situada entre su cama y la de su hermanito — que guarda sus cosas en el cajón de abajo —, sacar uno de sus cuadernos, uno cualquiera, cualquier cuaderno en el que podamos encontrar hojas en blanco; cerrar luego el cajón y, con el cuaderno en la mano, regresar al cuarto de estar y prestárnoslo o, si eso le fuera a causar menos disgusto, arrancar, tan sólo arrancar las hojas en blanco y nada más las hojas en blanco, que estábamos necesitando para poder dejar constancia de quiénes exactamente éramos y dónde y haciendo qué exactamente estábamos cuando qué trabajo le hubiera costado cuando, aquella mañana de invierno que debía con toda seguridad ser de verdad de invierno porque recuerdo que Lola había entrado por la puerta con abrigo y Lola no es persona irresoluta ni insegura que necesite, como las señoras enojadas o como la oxigenada y desenvuelta Shirley, ceñirse ni obedecer a pautas para gritar socorro justo cuando llega a sus manos una carta

¹ Porque fue exactamente de la noche a la mañana. Desde que empezaba a oscurecer y nos aprestamos a patear la ciudad en busca de quién sabe qué quimera hasta que, ya amaneciendo, el señor Ramírez se nos fue — que podría decir “se me” pero no tengo del todo claro que tuviera que ser yo y sólo yo el único responsable — literalmente de las manos.

Continuará¹

marcada o saber, por sí misma y con criterio propio, en qué lugar y en qué momento exactos tiene que pasar una fregona que, la nuestra, la camarera nuestra, la de siempre, castaña ella y que no me parece a mí que sea de frasco, me comenta — porque al fin accedió a colaborar con la condición, advirtió, no obstante, de que sin contraer compromiso de permanencia — que no le parece a ella por cierto “aunque qué va a saber una, ¿verdad?, sin más horizontes que servir cafés o cualquier otra cosa que pida el cliente y recoger mesas”, dice y, “mire, mi niño”, mostrándome en la pantalla de su Samsung al pequeño que, “mañana, exactamente, **diecisiete meses y catorce días**” explica, mirándolo arrobada.

– Qué va a saber una — repite, apagándolo² y dejándolo caer en su bolsillo — pero, si me puedo tomar la libertad a que usted tan gentilmente me ha invitado, yo pondría en manos de Lola, de Lola precisamente, algo un poquito menos... ¿previsible?

² Y también la sonrisa que iluminó su mirada mientras estaba ahí, regordete y sonrosado, el crío.